

EL ESPIRITU Y LA LETRA EN EL LENGUAJE

Por MERCEDES GALLAGHER DE PARKS

No hay tendencia humana más espontánea ni más natural que la de considerar lo existente como imprescindible e inevitable.

La gran mayoría de las discusiones que se entablan entre los hombres se limitan a disputar respecto de las conclusiones que se deben sacar de ciertas premisas dadas; es raro, rarísimo, que las partes en un debate principien por examinar sus premisas mismas. Y no hay desconcierto más grande que el del discutiendo que se ha estado acalorando por un buen rato respecto de una conclusión cuando se le sorprende poniendo en tela de juicio no esa tal conclusión suya, sino la validez de las premisas mismas que han servido de base al argumento. Las grandes revoluciones ideológicas, muchas de las cuales han culminado en revoluciones políticas o sociales, han consistido simplemente en el derrumbe de premisas hasta entonces tenidas universalmente por válidas. Tomando un ejemplo de la historia de Francia que ha sido siempre epítome de la de Europa; hubo durante siglos diversas guerras sobre si tal o cual príncipe tenía derecho a reinar de acuerdo con el principio del derecho divino de los reyes, pero estas guerras no cambiaron la faz de Francia. Llegó el momento en que ese principio, esa premisa nacional del derecho divino entró en disputa; vino entonces la Revolución y Francia se transformó radicalmente. Y es que cuando ambas partes en una divergencia de opinión aceptan las premisas sobre las que esa opinión se funda, demuestran que tienen ya una enorme base común sobre la cual, con un poco de comprensión y buena voluntad, puede probablemente acordarse un asentimiento mutuo. El método cartesiano hizo época en el pensamiento del mundo civilizado precisamente porque consistía en el rechazo sistemático de toda premisa cuya validez no sea lógicamente demostrada.

Resulta de esa tendencia a aceptar lo existente sin discusión, que muchas causas fortuitas se aceptan como condiciones esenciales e inevitables de los acontecimientos, sin estudiar la posibilidad, pasada o actual, de una alternativa. Bergson inició una revolución análoga a la de Descartes cuando atacó la premisa de que el intelecto consciente es por excelencia la vía de expresión del espíritu humano, premisa consagrada por su aceptación general y porque halaga el orgullo espiritual del hombre, razón esta última de la tenaz resistencia al bergsonismo que es mayor justamente entre los filósofos franceses, adoradores por tradición racial del intelecto puro. Hasta los artistas, los intuitivos por razón de oficio, habían aceptado la premisa intelectualista, y de esa aceptación ciega nació el academismo que es racionalización del arte, y que actuó sobre él como parálisis contagiosa durante tres o cuatro siglos. Ahora bien, para quien acepta la teoría bergsoniana de que la inteligencia ha asumido en las actividades humanas un monopolio a que no tenía derecho y examina la historia de nuestra civilización a la luz de tal idea, es evidente que ese monopolio debe mucho a la invención de la imprenta. Que ésta ha sido un beneficio absoluto para la humanidad, es una premisa que a nadie se le ocurre examinar, pero ella sin embargo, merece examinarse, porque aunque era, tarde o temprano, inevitable que la imprenta se inventara, y aunque sin ella la civilización hubiera tomado un ritmo mucho menos acelerado, los males que ha traído consigo, aunque mucho más sutiles, menos evidentes e indudablemente menores que sus bienes, no por eso han dejado una huella menos profunda en la historia del espíritu humano.

Antes de la difusión de la palabra impresa, la masa del pueblo tenía que manejarse en gran parte mediante la intuición, que es su móvil espiritual propio, y dependía para su instrucción casi exclusivamente sobre la experiencia propia, la ajena de sus padres, parientes y amigos, y la tradición oral, en la que la experiencia intuitiva cotidiana se funde de manera perfecta con la masa de conocimientos y deducciones atesorada por la inteligencia, y le sirve de correctivo perpetuo. Quien lo dude no tiene más que leer esa maravillosa y sabrosísima colección de "Refranes que dicen las viejas tras el fuego" que tan amorosamente recopiló el Marqués de Santillana. Aunque no existían periódicos, las noticias se transmitían con rapidez asombrosa, por el sistema que las mismas viejas en el Perú

llaman "correo de brujas". Todo, noticias, tradición y sabiduría popular acumulada, eran cosa viva. Pero en cuanto una idea se confía a la palabra impresa, queda fijada, aislada de la intuición diaria, y reducida al estado de producto intelectual puro. Algo en ella se ha como secado y petrificado.

Esa perfecta fusión de intelecto e intuición durante la Edad Media, explica su maravillosa fertilidad y grandeza artística. Con la difusión del libro principió a romperse tal armonía, y vino la decadencia racionalista del arte, que se penetró de ideas literarias y se erizó de preceptos académicos. Pero como la intuición, aun usurpándose una parte de su patrimonio, no puede morir, esa usurpación provocó reacciones tales como el arte rococó, el impresionismo francés, y la manera de Cézanne y Van Gogh, y por otro lado buscó salida mediante un arte casi libre del influjo intelectualista, la música. Ese primer influjo disolvente de la palabra impresa, había afectado ante todo a las bellas artes; las decorativas, ebanistería, cerámica, etc., quedaban en manos de artesanos y escaparon casi por completo a la dictadura académico-intelectualizante. Pero en el siglo XIX vino el diluvio; la revolución industrial que lo mecanizó todo, ya no sólo el pensamiento sino la mano de obra; la difusión mucho mayor del libro y del periódico, y la manía de los grados escolares y académicos. La mecanización de lo material y la de lo espiritual avanzaron paralelamente a pasos agigantados. Hoy parece que estamos principiando a caminar hacia una nueva fusión del intelecto y de la intuición. Esta cobra fuerzas para reconquistar sus posiciones aprovechando de que el intelecto puro parece que se está devorando a sí mismo. Si la fusión llega a realizarse, de ella nacerá el arte del porvenir, del que algo se principia ya a vislumbrar, aunque es muy difícil prever exactamente el camino que seguirá. En el dominio del arte es donde más fácilmente se pueden medir los estragos del intelectualismo sistemático, nacido del abuso de la palabra impresa definida con demasiada facilidad e investida de una importancia exagerada, casi fetichista.

La invención de la imprenta era inevitable, dado el desarrollo de la civilización occidental. Si no la hubiera inventado Gutenberg en 1438 — si es que efectivamente la inventó Gutenberg en 1438 — la hubiera inventado algún otro poco tiempo después. Y sería un absurdo sostener que el verbalismo, el culto de la palabra, por la pa-

labra, independientemente de la idea que debe contener, sea exclusivamente resultado de la imprenta. Es en realidad una tendencia humana congénita, porque favorece la pereza intelectual, que lo es también. Se juega con palabras para evitarse el esfuerzo de jugar con ideas, que es cosa mucho más difícil, y para ello no ha sido necesario que la imprenta facilitara la difusión de la palabra hueca y vana. Pero eso no quita que la ha facilitado enormemente, mecanizándola. En el siglo actual, ese culto del verbalismo ha crecido enormemente merced a la intercomunicación rápida que ha hecho del mundo una gran aldea, con sus chismes, sus comidillas sobre insignificancias, y sus mediocridades convertidas en personajes importantes por la debilitación del sentido de los valores. Ha contribuido también poderosamente a crear las proporciones babilónicas que ha asumido el verbalismo en nuestra época el hecho de que son las formas de vida americanas las que dominan hoy el mundo, ya que son los americanos, contra todas las leyes de la herencia, el pueblo más verbalista de la tierra. Sus interminables discursos, su cordialidad efusiva y mecánica, toda de frases hechas — que, cosa curiosa, encubre una verdadera y sincera cordialidad de sentimientos, pero que apenas logra abrirse paso a través del verbalismo de la conversación —, sus revistas semanales de ciento cincuenta o doscientas páginas, como el célebre y clásico “Saturday Evening Post”, sus interminables *interviews* con personas absolutamente insignificantes o con personajes célebres a los que se pide opiniones sobre cosas absurdas, sus artículos “sindicados” en los que celebridades de cartón hilvanan insoportables lugares comunes, sus prensas asociadas que despachan cataratas de cablegramas contradictorios con la garrulidad y la inconsecuencia de viejas parlanchinas, su *réclame* chillón e infantil, plagado de superlativos, todo esto hace de los Estados Unidos el paraíso terrenal de la palabrería hueca, pero sin lograr felizmente ahogar el talento inventivo natural de los americanos cuyo recio espíritu puede resistir a esa avalancha arrolladora de palabrería. En los últimos lustros ha habido cierto desplazamiento en ese verbalismo; la radio ocupa tanto tiempo, que ya no lo queda disponible para engullir páginas tras páginas del “Saturday Evening Post” y crece cada día más la boga de los semanarios escritos para dar la mayor suma posible de noticias y datos — verdaderos o falsos, pero siempre pintorescos — en el menor número po-

sible de palabras. Es que la manía verbalista americana se expresa más aún que mediante la palabra impresa por la hablada, los discursos incesantes y kilométricos por el menor pretexto, y la conversación que corre como un río, sin tregua y sin fin. Es cosa curiosa que allí los hombres hablan más que las mujeres, y cosa más curiosa aún que la raza norteamericana, la que más habla en la tierra, es hija de la inglesa, la que habla menos. Misterios del influjo que el medio y el rumbo espiritual imprimido a un pueblo por la voluntad ejercen sobre la herencia.

Esto no es una crítica de la raza americana, de la que tanto bueno hemos aprendido y tanto nos queda por aprender todavía; es sólo un ligero estudio de una de sus idiosincrasias más notables, contra cuyo contagio conviene que nos pongamos en guardia, porque encuentran la plaga verbalista y la mecanización de la palabra vacía de sentido un terreno particularmente propicio en nuestro suelo. Como criollos somos también verbalistas natos (no hay que olvidar que los yankees son criollos también) porque la vida colonial ha fomentado en nosotros ese culto de la palabrería hueca. Esa es una causa de nuestro verbalismo racial; hay otra que puede parecer imaginaria, pero que no lo es. La misma predisposición manual, intuitiva e inarticulada de nuestra raza indígena, hace que la palabra y el intelectualismo tengan para el indio cierto prestigio fetichista de cosa mágica que obra milagros. Y de allí que ese indio, por poco que tenga tendencia, individual a la facilidad verbal, se enamora de la palabrería y la cultiva con entusiasmo. Una tercera causa consiste en nuestro complejo de inferioridad nacional, debido seguramente a que los indios y negros se han sentido durante siglos inferiores a los blancos, y éstos, como criollos, a los españoles investidos de autoridad política e intelectual. El complejo de inferioridad se traduce siempre en amor a los vocablos y las frases ampulosas y altisonantes. Al mismo tiempo ese complejo de inferioridad nos hace desconfiar de lo propio; en el fondo de nuestro inconsciente hay un oscuro sentimiento que nos dice "si eso se me ocurre a mí, ha de ser malo". De allí el grado casi increíble de degeneración a que el idioma castellano ha llegado entre nosotros. Recuerdo haberle oído una vez a Don Ricardo Palma la *boutade* de que había sólo un peruano vivo que supiera escribir español: Riva-Agüero. Quien lea nuestros diarios y revistas con cierto sen-

tido del lenguaje, se dará cuenta de que esa *boutade* muy poco tiene de exagerada. Un peruano toma la pluma con la convicción absoluta de que toda palabra que se le ocurre espontáneamente para expresar una idea, es necesariamente mala, y que hay que sustituirla con un circunloquio más altisonante y más intelectualmente distinguido. El resultado es que ese escritor o periodista criollo nuestro concluye en la incapacidad absoluta de hacer lo que los ingleses llaman “decir de una lampa que es lampa”. En Lima hoy, ya la gente no se muere, sino que se “produce su deceso”; no se casa, sino que se “efectúa su enlace”; no se llama nunca a las cosas por su nombre sino que se sustituye éste con mil disparates a cual más vacío de sentido. La palabra para nosotros ya no es una cosa viva, es una cosa muerta, vacía de enjundia y de espíritu castizo, un mamotreto hueco de latón que suena como las matracas de los niños. Nuestro rico dialecto criollo de cepa castellana de las “Tradiciones”, ha degenerado en una jerigonza en que a los circunloquios necios se han unido los vocablos mecanizados de la insinceridad internacional y los “okays” o “yeas” y “chés” de la matonería cinematográfica. Es indispensable reaccionar, porque un pueblo cuyo idioma está mecanizado y corrompido al mismo tiempo, corre gran riesgo de que su alma llegue a estarlo también. Atravesamos hoy una época tan alentadora de resurgimiento nacional, que nos incumbe la tarea de no descuidar esfuerzo para que ese resurgimiento sea completo y total. Ha aumentado enormemente la producción de libros en nuestra tierra, tanto en calidad como en cantidad. Pero la materia de un buen libro no puede ir envuelta en el ropaje de latón pintado de un lenguaje vacío de verdadero y castizo sentido y pureza. Sin embargo, ha cundido hasta tal punto esta especie de sífilis verbal —que no hay salvarsán que la cure—, que es raro leer un libro entero, aun de nuestros mejores escritores, que no contenga siquiera uno que otro de estos barbarismos de los que está hasta tal punto saturado el ambiente, que cae uno en ellos casi sin darse cuenta. Y elevada a su más sublime expresión, llega a producir joyas de idiotez como el párrafo siguiente, que recorté hace pocos años de un diario local, y he atesorado como verdadera curiosidad digna de estudio: dice así:

“Consecuentemente con el mayor volumen de adquirentes, se tangibilizaba una florecencia en la negociación, y esta florecencia tuvo que concitar la intervención de la autoridad policial”. Tra-

duzcamos esta frase increíble al castellano. Resulta que dice: "como "aumentaban los parroquianos, florecía el negocio, hasta causar la "intervención de la policía". Es un ejemplo perfecto de esta degeneración del idioma; palabras de cartón fabricadas a máquina, reemplazando todos los simples vocablos castellanos que convienen al hecho que se quiere describir. Así en Lima hoy ya no se dice más que, "nosocomio" por hospital, "volación" por vuelo, "egresar" por salir, "recepcionar" por recibir, "condecir" por corresponder, "suceso" (galicismo necio) por buen éxito, "plantel" por colegio o escuela, "presionar" por apretar, "puntualizar" por indicar o enumerar, "finalidad" por objeto y "finalizar" por terminar o concluir, "elemento" por persona y mil disparates más que todos leemos a diario en la prensa u oímos en los discursos. Tanto esa tendencia al barbarismo sesquipedal como la afición del indio a hablar "en difícil", aparecen de manera muy pintoresca en una anécdota que mi padre solía contar con fruición. En sus años de soltero tenía un sirviente serrano muy leguleyo y "bien hablado". Le preguntó un día en qué se ocupaba su mujer. "Vende adminículos mecánicos en la Plaza, señor". La susodicha tenía un puesto de venta de ollas de barro. El hecho es que al paso que vamos la lengua castellana ha llegado a tal grado de degeneración que pronto no nos quedará más que hacer que "puntualizar su deceso" y "entregar el cadáver a los familiares para los efectos del sepelio", como suelen decir en semejante caso los periodistas. O, hablando en castellano, constatar que ha muerto y entregarla a sus deudos para que la entierren. Y nosotros resignarnos a quedarnos hablando una jerigonza compuesta de sílabas yankees campechanas y galicismos pretensiosos, y vocablos huecos fabricados a máquina con restos de latín macarrónico y griego mal digerido.

Parece a algunas gentes cosa de escasa importancia aquello de hablar mal y estúpidamente, cometiendo un par de barbarismos en cada frase. En realidad la cuestión tiene una importancia moral e intelectual enorme. El idioma es símbolo y expresión del espíritu de un pueblo, y el pueblo sin espíritu propio no puede tener dignidad nacional ni siquiera bien entendido patriotismo, y podrá ser una poblada pero no logrará ser una nación. Ha llegado el momento de reaccionar enérgicamente en defensa de la base de nuestro patriotismo espiritual, que es el idioma. Sería necesario presentar a las

generaciones jóvenes una especie de código del idioma, que dijera más o menos lo siguiente:

1º—Decirlo todo con las palabras más cortas, sencillas y familiares posibles.

2º—No emplear nunca un vocablo extranjerizante cuando hay uno castellano o criollo que significa lo mismo.

3º—Preferir los términos de significado concreto a los de significado abstracto, porque lo concreto es lo castizo, lo sabroso, lo expresivo.

4º—Evitar las palabras técnicas latinas y griegas y en general todas las altisonantes, rimbombantes y pretensiosas.

5º—No decir jamás en dos palabras lo que se puede decir en una. La concisión es la esencia de lo castizo y es prueba de competencia en el manejo de la palabra.

6º—Recordar que el castellano es una lengua hermosísima con gramática y sintaxis propias que toda persona que se precia de culta debe respetar, y mucho más quien presume de escribir, aunque sea un suelto de crónica, o de pronunciar un discurso.

Si se lograra lanzar con éxito un movimiento en este sentido se haría obra de importancia para esa "peruanidad" de la que tanto, y con tanta justicia, nos habla Víctor Andrés Belaúnde y se podría ver algún día el fin de esa apoteosis continua del remilgo verbal en la que vivimos sumidos, y que desgraciadamente es una prueba elocuente de degeneración espiritual y de falta de reciedumbre racial. A los pueblos fuertes corresponden lenguajes fuertes también, castizos, sabrosos, y llenos del sabor de la tierra. El culto actual de la conseja y del arte popular — del "folklore" como se estila decir ahora —, es un movimiento en el buen sentido. Pero es un movimiento encerrado dentro de cierto snobismo y preciosidad, y que adolece también de cierto contagio de revindicación racial de cepa ruso-mejicana. Lo que se necesita es una reacción total, no encerrada dentro de un estudio especial o de camarilla regional. Debemos trabajar todos los peruanos unidos por salvar a nuestro idioma — mezcla sabrosa de castellano y criollo — de la mecanización vacía y de la degeneración extranjerizante que amenaza su integridad.

De ese verbalismo mecanizado, de ese fetichismo de la palabra hueca de verdadero sentido que nos invade de todas partes, ha nacido y nos ha venido de Estados Unidos el "slogan", que es algo

como la quintesencia y la más fina flor de tal verbalismo actual. Es una frase pseudo-lapidaria, de forma impresionante, que parece encerrar una verdad o un sentimiento profundo y que en realidad sólo encierra un lugar común o una tontería. Porque las verdades y los sentimientos profundos están tan firmemente arraigados en el corazón y en el alma de los hombres, que no es necesario que se les encarne en frases más o menos lapidarias.

Pero es un hecho que hoy se nos quiere hacer pensar y sentir en "slogans". "Haga Ud. tal cosa para salvar a la infancia!" nos dice una sociedad humanitaria. "Coma Ud. tal ctra para ser sano y fuerte!" nos grita un anunciador. Pero los criollos que aunque parlanchines hacemos en el fondo poco caso de las palabras, seguimos nuestro camino impertérritos sin dejarnos influir por los chillidos y los "slogans", sin embargo, de lo cual es cosa mala para la salud espiritual de un pueblo el acostumbrarse a no hacer caso de la palabra; de allí a quebrantar las promesas no hay más que un paso, y lo que necesitamos en el Perú es, al contrario, aprender a dar a la palabra empeñada y a la promesa el carácter sagrado de un juramento solemne.

El culto exagerado por la palabra en sí y por su fijación mecánica, la palabra impresa, que al estamparse en el papel ha perdido ese carácter efímero que es la única excusa de la palabrería hueca y vana, ha dado una fisonomía especial a toda la civilización occidental. En el Perú gozamos de una situación privilegiada, casi única para ver claro en este fenómeno y darnos cuenta cabal de él, ya que en nuestro suelo esa civilización se encuentra frente a un pueblo y a una cultura nativa (que con el culto actual por los mamotretos verbales es moda llamar "autóctona") en la que la palabra tiene un influjo mínimo. El vehículo de expresión natural del indio peruano no es la lengua, guiada por el intelecto, sino la mano guiada por la intuición. Es artista admirable, artifice habilísimo, pero no logró dentro de su propia cultura inventar ni el alfabeto, que es la base del desarrollo intelectual puro, ni la rueda, que como fundamento de la mecánica lo es del intelecto aplicado al mundo material. Las mujeres peruanas que manejamos nuestras casas mediante la servidumbre indígena nos damos perfecta cuenta de todo esto. De esa raza salen excelentes cocineras y costureras, que llegan a un grado notable de pericia en su trabajo sin aprender jamás a repetir

correctamente el recado más sencillo, aun en los casos en que es el castellano, y no el quechua, su idioma natal. Y el obrero nos hace con notable perfección el más delicado y difícil trabajo de carpintería, herrería o albañilería, pero en la cuenta de gastos que nos presenta comete los más garrafales y más fantásticos errores de ortografía. No se trata aquí de simple ignorancia. Por mera ignorancia de la ortografía, unida a completa falta de sentido fonético, se puede escribir vaca con *b de burro*, por ejemplo. Pero los errores de ortografía de nuestro pueblo son mucho más ingeniosos y complicados. El más común y más notable de ellos consiste en el abuso disparatado de la *h*, que como es una consonante que a veces no suena, obsesiona muy particularmente a un pueblo analfabeto por atavismo como el nuestro. Y así usa y abusa de ella, metiéndola a destajo donde la mera ignorancia la omitiría, como por ejemplo en la palabra ataúd, que tan comunmente en Lima se escribe "atahud". El error corriente de ortografía por ignorancia tiende a la simplificación fonética, mientras que el de nuestro obrero indígena o mestizo tiende a la complicación. Es verdaderamente el caso de una raza obsesionada por un mecanismo intelectual, extraño a su propia índole, y que le ha sido impuesto por las circunstancias. Se ha dejado deslumbrar por él sin asimilarlo.

Es así como debido a esta indiosincracia analfabética de nuestro indígena, cuando llega a adquirir cierta instrucción y a intelectualizarse, se vuelve inmediatamente verbalista y "leguleyo". La palabra impresa lo sugestionan como una magia extraña y nueva, lejos de tomarla como cosa de la vida diaria, le rinde un culto exagerado y fetichista. Muchas características de ciertas razas y clases tienen tales ocultas raíces atávicas.

Como el verbalismo, tendencia general a reemplazar el espíritu por la mera letra en lo intelectual, toma formas distintas en las distintas actividades intelectuales, conviene echar aquí una ojeada ligera sobre esas formas para aprender a reconocerlas. Y principiarémos por la más profunda de ellas, la filosófica. Dentro de la técnica filosófica misma, es muy fácil discernir la parte que corresponde al espíritu y a la letra.

Como la filosofía trata de ideas abstractas, de valores impalpables, es ella terreno particularmente propicio para el verbalismo hueco. Porque quien escribe un tratado sobre ciencias naturales,

por ejemplo, tiene forzosamente que basarse sobre hechos concretos, que son la materia misma de las ciencias. Puede expresarse con mayor o menor abundancia verbalista, pero al fin y al cabo se ve obligado a llegar al tal hecho concreto, y como escribe para un público, casi el único, que tiene precisamente el fetichismo de los hechos concretos, si es exageradamente difusa y palabarrera su manera de escribir, ese público no leerá el libro. Pero un metafísico o un escritor que se precia de serlo — y estos son los más de los que escriben sobre filosofía — goza del privilegio de inventar palabras que representarán ideas verdaderas si su autor pertenece al primer tipo, pero artificiosas y huera si pertenece al segundo, y en este caso se podrá permitir el lujo de jugar con ellas juegos malabares de verbalismo altisonante so pretexto de exponer una nueva doctrina metafísica. Por profundo respeto que tenga uno por la verdadera filosofía, y justamente debido a tal respeto bien entendido, es lícito decir que hay precisamente en la filosofía una combinación especial de circunstancias que hacen que ella sea en gran parte un impresionante “racket” intelectual, mantenido por la convicción que el público lego tiene de su incapacidad para juzgar en la materia, y la complicidad más o menos inconsciente de la gran mayoría de los filósofos profesionales y de los profesores de filosofía. El verdadero espíritu filosófico original, hecho de una capacidad excepcional para el análisis de los fundamentos de las cosas y de las ideas, junto con el talento necesario para hacer un aporte personal al tema, es rarísimo. Una gran parte de los que se creen metafísicos son meros aficionados al tal verbalismo ideológico, lo que los franceses llaman *batidores de palabras*, que gozan jugando con vocablos abracadabrantés sin preocuparse de si tras de esos vocablos hay o no verdaderas ideas aunque sean todo lo profundas y abstractas que se quiera; tales vocablos, con su significado esotérico forman la base de la dialéctica vana, madera muerta de la filosofía, con la que pueden elevarse los andamiajes más impresionantes, pero que por elevados que sean siempre serán andamiajes y no edificios, dialéctica pero no filosofía. Los alemanes, con su culto por las ideas abstractas y su manía de las reglas, las clasificaciones y los vocablos sesquipedales han inundado el mundo con este tipo de filosofía, y aun en las más altas y genuinas cumbres del pensamiento germano el afán de dialéctica y verbalismo forman un andamiaje tan compli-

cado que a través de él cuesta trabajo darse cuenta del magnífico edificio que le sirve de pretexto. La admirable claridad de pensamiento de los franceses, el realismo de los italianos, y el sentido práctico de los ingleses, los hacen menos propensos a esta manera de dialéctica hueca, pero en cambio estas razas suelen escribir libros de filosofía sólo cuando creen haber descubierto algún rincón ignoto del pensamiento, mientras que los alemanes, con su fatal fertilidad dialéctica, tienen siempre pseudo-doctrinas nuevas que ofrecer a la admiración candorosa del mundo. Los profesores de filosofía, que suelen ser dialécticos y verbalistas natos, se entusiasman generalmente con estos andamiajes de nueva invención, y los editores y revisores de tales obras no son, por cierto, los que se encargan de desengañar al público, alelado ante reputaciones nuevas basadas sobre hazañas de las que poco o nada comprende. No se le ocurre, por cierto, que si nada comprende es quizá porque no hay nada que comprender, fuera de una técnica consumada para el manejo de la dialéctica y del verbalismo filosófico.

Después de ese verbalismo metafísico puro viene el ideológico-social, que hoy ocupa el centro del proscenio mundial. No acabaríamos nunca si tratáramos de analizar sus mil formas. Alrededor de las principales palabras-claves de hoy se forjan sistemas, se escriben libros, se empeñan polémicas y se pronuncian discursos interminables, las más de las veces sin la elemental precaución de cerciorarse al menos de si la cosa representada por la tal palabra existe verdaderamente. Tomemos como ejemplo la palabra libertad. Se habla a destajo de las ventajas numerosas de la libertad, del derecho que el hombre tiene a ser libre y de la imposibilidad de vivir sin gozar de ese don inapreciable. Mientras tanto, la vida se ha complicado de tal manera que la libertad, tal como creen entenderla estos retóricos, es imposible ya. Es verdad que en cierto número de países existe hasta cierto punto libertad de credo político. Se es libre de profesar cualquier doctrina en cuestiones filosóficas, científicas o artísticas. Pero en cuanto llegamos al terreno sociológico y político, las terribles perversiones que en estas materias se han traducido durante el siglo actual en crímenes colectivos han cargado tales doctrinas de tan enorme peligro en potencia, que en lo que queda del mundo civilizado se principia, con muy justa razón, a prohibir su libre expresión. Y en la vida diaria dentro de estos es-

tados civilizados, somos esclavos de todo el mundo. Ante todo del gobierno, que nos priva a su antojo de una parte de nuestra renta, directa e indirectamente, y hace de ella el uso que le place sin consultarnos, porque aunque existe, en teoría y oficialmente, un mecanismo de consulta, es este tan complicado e ineficaz que podemos considerarlo nulo. Verdad es que todo ello paga el combustible que hace andar el motor, complicadísimo también, de la vida civilizada, de manera que lo que el Estado nos quita nos lo devuelve, en parte a lo menos, en beneficios. Pero lo mismo ha sucedido siempre con los esclavos, que en cambio de su libertad perdida han tenido asegurados a lo menos el alojamiento, el vestido y el alimento. Si fuéramos realmente libres, al pagar estos impuestos deberíamos tener derecho a cerciorarnos de que nuestro dinero se emplea realmente para el bien general, y a no pagarlo sin llegar a esa convicción. Naturalmente que tal pretensión haría imposible el funcionamiento del Estado. Pero esto no quita que sin tal requisito pagamos los impuestos no como hombres libres, sino como siervos de esa civilización descomunal que hemos creado nosotros mismos, y en la que nuestra única garantía es nuestra confianza en la honradez y patritismo del gobernante, garantía que, en fin de cuentas, es la única verdaderamente sólida, porque pertenece a la esfera moral que es la de los únicos valores absolutos. Y esclavos somos también de aquellas empresas que en Estados Unidos se llaman de "utilidad pública", alumbrado, transportes, comunicaciones, etc. Es verdad que si las contribuciones son obligatorias, las "utilidades públicas" no lo son, pero la vida está constituida de tal modo que al prescindir de ellos nos condenamos a quedar al margen de la civilización. En cambio al hacer uso de esas entidades, nos condenamos a pagos más o menos arbitrarios dentro de plazo angustioso, y virtualmente sin apelación, a cambio de servicios que pueden ser buenos, medianos o malos, y que con frecuencia suelen ser malísimos en estos países de desidia colectiva y control oficial o venal o nulo. Nos queda la libertad de prensa, timbre de gloria de las democracias. Verdad que quien tiene medios para ello puede publicar libros sobre los temas más estrambóticos dentro de los límites naturales de la decencia. Pero en cuanto a la prensa periódica, ya muy rara vez es verdaderamente independiente, como solía serlo en el siglo pasado, sino que sirve los intereses de un grupo político o, con más frecuencia

aun hoy día, en los países no "totalitarios", financiero. Esta servidumbre de la prensa a intereses de grupo ha tenido un influjo incalculable sobre la suerte del mundo en el último cuarto de siglo.

El concepto de libertad, como opuesto al de mera licencia, significa para el hombre civilizado libertad de actuar sin perjudicar al prójimo. Pero las redes de la vida contemporánea nos aprisionan de tal manera y dentro de tal proximidad material y moral con millones de nuestros semejantes, que lo que nos queda de verdadera libertad es mínimo. De manera que el dilema no estriba en ser libre o esclavo, sino en resignarse a ser más o menos esclavo pero insistir en serlo del bien y no del mal; del bien común aunque debido a la flaqueza humana sea mal entendido y peor administrado, y no del apetito insaciable de poder de un grupo fanatizado, o de un loco ególatra, ya sea que vista manto real, uniforme militar o tosca túnica de pseudo-proletario. En una palabra, en ser siervo de Dios y no esclavo de Satanás.

Lo que hemos dicho de la palabra libertad se puede repetir casi exactamente de las demás palabras-claves que citamos anteriormente. La democracia, si significa igualdad de derecho a la justicia por la ley, tiene un significado positivo, pero si significa igualdad absoluta entre los hombres, es una falsedad, y si se aplica a ciertas formas de gobierno, éstas han cambiado de tal modo sin cambiar de calificativo que respecto de ellas el vocablo ya poco significa. Y así sucesivamente con las demás. Y es que todas estas etiquetas vacías se aplican a cosas que ya no existen hoy y sólo pueden servir ya de engaños para personas candorosas. Hoy las cuestiones de libertad, democracia, radicalismo, cultura y lo demás no son cuestiones de actualidad. Ya no son dilemas sino pseudo-dilemas, vocablos del pensamiento mecanizado que sigue funcionando en el vacío sin darse cuenta de ello. Y mientras tanto sólo hay hoy en el mundo un único dilema verdadero, que no es cuestión de letra sino de espíritu, que es una simple cuestión de decencia, y resulta verdaderamente ser sólo la forma actual del eterno dilema del mundo, el del bien y el mal. Todos los pueblos que importan están divididos en dos bandos. Y al margen de ellos hay la gran muchedumbre de maniáticos del pensamiento mecanizado, que nos hablan todavía de libertad, democracia y pacifismo, esas palabras mecánicas y huecas con las que se fabrican mecánicamente también tantos discursos, y que ha-

blan como si importaran las formas de gobierno cuando lo único que importa es el espíritu de gobernantes y gobernados. Y para resolver ese dilema cada uno para sí lo único que necesita es tener temor de Dios y ser fiel a los principios que el temor de Dios nos inspira, pero con los ojos abiertos y sin dejarse engañar por palabras altisonantes y vacías de espíritu, en las que el pensamiento se ha vuelto rígido para mecanizarse, y emplea sólo fórmulas cómodas y huecas, que a menudo si significan algo, significan cosa que está en oposición con los principios mismos que la fórmula profesa. Así sucede con el pacifismo. No hay paz posible con las fuerzas del infierno. Jesús mismo, el Dios de paz, nos dijo "No vengo a traer la paz sino la espada".

Y en cuanto a nosotros los hispanoamericanos debemos por nuestra parte darle gracias a Dios porque nos ha permitido nacer en un mundo joven en que podemos gozar de algo que siquiera se parece a la libertad, — excepción hecha de tal o cual despiante de militarismo engreído o bolchevismo acriollado — y en el que dentro de la familia americana podemos poner a prueba nuestro amor a la paz sin temor a que un vecino poseído del demonio nos engulla de un trago, porque sus armas son superiores, y su vergüenza inferior, a las nuestras. Lo que nos incumbe es corresponder a este favor que la Providencia nos ha hecho trabajando con todas nuestras fuerzas en aumentar nuestro temple de alma y colaborar, en la medida de nuestro poder, en la obra del engrandecimiento de nuestra patria mediante el patriotismo cristiano.

Mercedes GALLAGHER DE PARKS.